



Reflection from Fr. Joey Evangelista, MJ
Fifth Sunday of Easter

The life, death, and ministry of Jesus were offered entirely in service to others, especially the disenfranchised. This represented a spiritual breakthrough because Jesus embodied the Jewish faith at a profound, unprecedented level; this was the radical core of His preaching and His life. Because He lived with such counter-cultural devotion, he was labeled a blasphemer, a radical, and a rebel. Yet, none of these titles fully captured His essence. He was, through and through, the true Servant of God.

Following His example, service to the "least" in society has become a hallmark of the Christian life. In the earliest Christian communities, resources were shared so that no one lived in want. Members prioritized the needs of the most vulnerable. Deacons were appointed to minister to the community's various needs, with a particular focus on those most at risk, such as widows and orphans.

We see a challenge to this ideal in the Acts of the Apostles. The Greek-speaking believers complained that their widows were being overlooked in favor of the Hebrew widows. This partiality did not conform to the way of life Jesus modeled. The community recognized that this was not merely a logistical failure, but a neglect of the Word of God itself. They understood that their daily actions were the concrete manifestation of their faith; therefore, to neglect a group of widows was to neglect the Gospel. They took immediate action, appointing seven ministers to ensure that no one, regardless of cultural background, would be overlooked again.

While the religious authorities of the day looked down upon Jesus' way of life, God transformed His selfless service into the path of salvation through the Resurrection. Jesus served by becoming a servant, giving Himself up even unto death on a cross. It is the path least taken, yet it is the only path to life. God transformed the cross—once an instrument of execution—into the cornerstone of our hope. As Scripture says, "The stone that the builders rejected has become the cornerstone."

In the fast-paced life of Los Angeles, we often lose our sense of direction. We barely notice life passing us by, and we often fail to truly see the people we encounter at work or school. We lose ourselves in social media, mistaking the small screens of our devices for the real world. Consequently, we risk becoming numb to the pain of others. Families separated by immigration raids become mere "pop-up" notifications we quickly swipe away. The daily death tolls of children in Gaza, Iran, Sudan, and Ukraine may fail to move us because our attention is captured by memes and AI-generated videos.

This lack of attention may seem innocuous at first, but it is symptomatic of a community becoming detached from its neighbors. This detachment leads to an inability to empathize; when we can no longer feel what others feel, we lose the capacity to respond to their cries for help. We find ourselves back at the complaint of the Greeks in Acts—but this time, the needy are neglected not because of cultural bias, but because we no longer acknowledge their existence. The real world is being replaced by a digital facade.

Like the early Church, we must respond. The call of Jesus is more radical today than ever because it demands a return to reality. Jesus is the way, the truth, and the life, and His life was one of direct, personal involvement. He spoke to people face-to-face; He listened to their desires; He knew the pain of losing a friend and the sting of abandonment. He understood the injustice of being falsely convicted and executed. Jesus was never detached from us; He was immersed in our human experience. That is the true meaning of the Incarnation.

The call today is to detach ourselves from our gadgets and proclaim the Risen Lord by reaching out to those in need—in our families, our neighborhoods, and our society. We must respond to their calls for help just as Jesus did: in "real time." Those in despair or hunger do not need our "likes" or emojis; they need our physical presence, our listening ears, and our hands to feed them.

Reflexión del Padre Joey Evangelista, MJ
Quinto Domingo de Pascua

La vida, la muerte y el ministerio de Jesús se dedicaron por completo al servicio de los demás, especialmente de los marginados. Esto significó un gran avance espiritual, ya que Jesús encarnó la fe judía a un nivel profundo y sin precedentes; este fue el núcleo radical de su predicación y de su vida. Debido a que vivió con una devoción tan contraria a la cultura dominante, fue tildado de blasfemo, radical y rebelde. Sin embargo, ninguno de estos calificativos captaba plenamente su esencia. Él fue, de principio a fin, el verdadero Siervo de Dios.

Siguiendo su ejemplo, el servicio a los «más pequeños» de la sociedad se ha convertido en un sello distintivo de la vida cristiana. En las primeras comunidades cristianas, se compartían los recursos para que nadie viviera en la necesidad. Los miembros daban prioridad a las necesidades de los más vulnerables. Se nombraban diáconos para atender las diversas necesidades de la comunidad, con un enfoque particular en los más vulnerables, como las viudas y los huérfanos.

Vemos un desafío a este ideal en los Hechos de los Apóstoles. Los creyentes de habla griega se quejaban de que se estaba pasando por alto a sus viudas en favor de las viudas hebreas. Esta parcialidad no se ajustaba al estilo de vida que Jesús había modelado. La comunidad reconoció que esto no era simplemente un fallo logístico, sino un abandono de la propia Palabra de Dios. Entendieron que sus acciones diarias eran la manifestación concreta de su fe; por lo tanto, descuidar a un grupo de viudas era descuidar el Evangelio. Tomaron medidas inmediatas, nombrando a siete ministros para garantizar que nadie, independientemente de su origen cultural, fuera ignorado nuevamente.

Mientras que las autoridades religiosas de la época menospreciaban el estilo de vida de Jesús, Dios transformó Su servicio desinteresado en el camino de la salvación a través de la Resurrección. Jesús sirvió al convertirse en siervo, entregándose incluso hasta la muerte en una cruz. Es el camino menos transitado, pero es el único camino hacia la vida. Dios transformó la cruz —que antes era un instrumento de ejecución— en la piedra angular de nuestra esperanza. Como dice la Escritura: «La piedra que rechazaron los constructores ha llegado a ser la piedra angular».

En la vida acelerada de Los Ángeles, a menudo perdemos nuestro sentido de la orientación. Apenas nos damos cuenta de que la vida pasa a nuestro lado, y con frecuencia no logramos ver verdaderamente a las personas con las que nos encontramos en el trabajo o en la escuela. Nos perdemos en las redes sociales, confundiendo las pequeñas pantallas de nuestros dispositivos con el mundo real. En consecuencia, corremos el riesgo de volvernos insensibles al dolor de los demás. Las familias separadas por redadas de inmigración se convierten en meras notificaciones «emergentes» que rápidamente descartamos con un deslizamiento. Es posible que las cifras diarias de niños muertos en Gaza, Irán, Sudán y Ucrania no nos conmuevan porque nuestra atención está capturada por memes y videos generados por IA.

Esta falta de atención puede parecer inocua al principio, pero es sintomática de una comunidad que se está distanciando de sus vecinos. Este distanciamiento conduce a una incapacidad para empatizar; cuando ya no podemos sentir lo que otros sienten, perdemos la capacidad de responder a sus gritos de ayuda. Nos encontramos de nuevo ante la queja de los griegos en Hechos, pero esta vez los necesitados son ignorados no por prejuicios culturales, sino porque ya no reconocemos su existencia. El mundo real está siendo reemplazado por una fachada digital.

Al igual que la Iglesia primitiva, debemos responder. El llamado de Jesús es hoy más radical que nunca porque exige un retorno a la realidad. Jesús es el camino, la verdad y la vida, y su vida fue de participación directa y personal. Hablaba con la gente cara a cara; escuchaba sus deseos; conocía el dolor de perder a un amigo y el aguijón del abandono. Comprendía la injusticia de ser condenado y ejecutado injustamente. Jesús nunca estuvo alejado de nosotros; estaba inmerso en nuestra experiencia humana. Ese es el verdadero significado de la Encarnación.

El llamado de hoy es a desprendernos de nuestros dispositivos y proclamar al Señor Resucitado acercándonos a los necesitados: en nuestras familias, nuestros vecindarios y nuestra sociedad. Debemos responder a sus pedidos de ayuda tal como lo hizo Jesús: en «tiempo real». Quienes están desesperados o hambrientos no necesitan nuestros «me gusta» ni nuestros emojis; necesitan nuestra presencia física, nuestros oídos atentos y nuestras manos para alimentarlos.